

Minucias sobre Mistral

Todo anunciaba que en la ubérrima y maravillosa región francesa de Provenza, iba a suceder un milagro. Un rico gentilhombre del lugar, heredero de grandes propiedades campestres y de casonas historiadas, anciano ya, pero robusto y ágil, recorriendo sus campos, admiró la belleza que le ofrendaba, entre espigas y frutas, una joven campesina que corría tras los segadores. Perdidamente se enamoró de Adelaida Poulinet el viejo Francisco Mistral, que la llevó a los altares y le dio el fruto más hermoso que se haya cosechado en la Provenza: el 8 de septiembre de 1830, nació Federico Mistral, gloria de la raza latina.

Para contar la deliciosa historia de su niñez y adolescencia, no es necesario entretener frases armoniosas ni buscar biógrafos. El mismo la cuenta en las páginas de sus memorias con la riqueza de su palabra y con el paisaje de su lugar: "Lejos, lejos de mi memoria, —dice Mistral— veo ante mis ojos la cadena de Aupiho, eterno documento de historia y de leyenda...: Cayo Mario, los Sarracenos, los señores Feudales, los Reyes de Arles, las hadas del Valle del Infierno o del Trau-de-cordo. La casa donde nació se destacaba, frente a los Aupiho, en Maiano, y acogía en su seno un mundo de realidad y de vida presente: carreteros, hombres de fatiga, muchachos, pastores, sierva; allí se cultivaba el gusano de seda, y se dedicaba al azadón, a la hoz, a las mieces, a la vendimia, a la siembra y a la cosecha de olivas. Los viejos Mistral no eran campesinos. Venían del Delfinado, y habían sido señores de Mont-Dracoun y de Roumanin. Existe en Valenco un monumento que lleva el nombre de ellos; está en Sant-Roumié el palacio que fue suyo y que la leyenda afirma que fue construido por la reina Juana... *O todo o nada*, dice el lema de familia; y su escudo lo forman tres tréboles que, por cierto, son el todo del lema y la nada, porque tres es la base del nueve, número



CUIDADO!!
MIRE DONDE PISA

No se arriesgue por veredas peligrosas, transite siempre por el camino real. Cuando precise de un analgésico, no recurra a uno de tantos productos comunes.

DIASE Ud. DE TODOS LOS DOLORES
CON LAS CAPSULAS O.K. GOMEZ PLATA.

de la perfección, y porque el trébol es una planta humilde, que vive humedecida y aplastada en el terreno donde nace y tarda en crecer y desarrollarse". Pinta el poeta en esta página, toda la belleza de su tierra nativa, condensando, maravillosamente, la configuración geográfica y su riqueza exterior, su historia pagana y cristiana, su presente agrícola y patriarcal, los orgullos de casta y la ingenuidad campesina... El Mediodía incendia su corazón y su mente.

Los genitores de Mistral, que ya había recibido su primera lección de la naturaleza, resolvieron enviarlo a perfeccionarse y adquirir una carrera profesional. Estudió derecho y se hizo célebre en las aulas, aunque él mismo decía que "para su desarrollo intelectual y sentimental, para la formación de su alma joven de poeta, aprendió más, seguramente, en la libertad de su infancia campesina que entre los muros de la escuela". Las vacaciones las pasaba entregado a los campos, viviendo de frutas, jugando con los insectos y con flores, recordando, complacido, las leyendas de esos lugares que pisaba. Pero en Aviñón se volvió hombre y unió el amor por su tierra a la ciencia que adquirió en el aula. Reunió la historia de la Provenza en su mente y en su alma, la fortificó en Aviñón, cuyas plazas, calles, sepulcros y conventos, le hablaban del pasado y se lo revivían. Y toda esta historia, límpida como el sol, de su lugar nativo y, eterna como sus monumentos, la incrustó en la lengua provenzal, la elevó a las más patrióticas alturas y la consagró a la posteridad.

Escribió Mistral muchas obras importantes, importantes, admirables y patrióticas: *Mireio*; *La Coumtesso*; *Calendau*; *La Reino Jano*; *Nerto*; *Lou pouemo dou Rose*. Y otras líricas y épicas que siempre resuenan en los oídos de Francia. Creó el vocabulario de su tierra y fundó el museo arlesiano, dos obras, éstas, de Mistral, que concluyen, la una, con su período épico y, la otra, con el período reflexivo de su vida.

Con sus obras engrandeció a la Provenza, con sus discursos la hizo fuerte, con su gloria, la inmortalizó. Reunido con sus amigos en Font-Ségugno, donde se trataba de la lengua de oc y de la grandeza de esa tierra, lanzó a los

vientos del mundo la constitución de los felibres. Y en un banquete en Font-Ségugno, de los felibres, poetas provenzales, clamó por la libertad de la Provenza, que unificó a su lado, y reconstruyó su idioma. Después de ese banquete, Mistral se sintió más fuerte y más grande, porque todos sabían que con sus versos y su espíritu, que lo asemejaban con Mirella, viento del cual sacó el nombre de su obra, haría temblar los montes, estremecer los árboles, detener las corrientes. Lo llamaban el rey de los felibres. Daudet dijo de él y de su obra: "Pensando en el estado de ruina en que Mistral encontró su lengua materna, y comparándolo con lo que ha hecho de ella, me imagino uno de esos viejos palacios de los príncipes de Baus... sin techos... sin merlones, sin cristales en las ventanas, con los arcos despedazados... Después ví que el hijo de un campesino se enamoró de esas ruinas, e indignado al contemplarlas profanadas, arrojó a los animales que estaban dentro del cortil de honor y reconstruyó el vasto palacio antiguo, donde, en otros tiempos, se hospedaron pontífices y emperatrices..."

En la obra de Mistral se fusionan la cultura clásica y la cultura moderna, porque la Provenza es una región de larga historia y de gran civilización, y su cantor estaba impregnado de todo ese patrimonio cuando cantó; esa obra es una empresa patriótica y una contemplación mística, es pasión y esperanza. Escrupulosamente católico, apostólico romano, Mistral, se hace la señal de la cruz al principio y al fin de sus cantos e infunde en su poema una moral contenida en estas palabras: "la muerte es la vida".

Con su obra, especialmente con *Mirella*, el poeta consiguió lo que quiso primero: despertar el espíritu nacional, con la lengua de oc, embellecida con la poesía. Fue llamado poeta nacional como Homero, lo coronaron de laurel en Nimes, lo consagraron en París, y pasó como un héroe. Pretendió separar la Provenza de Francia, para que viviera su vida propia, independiente, antimonárquica.

El año de 1870 dio a Mistral una gran ocasión para sus sueños: con el seudónimo de Guy de Mountpavoun, y a consecuencia de la derrota francesa, preconizó la confede-

ración latina e invocó la unión de Francia, España, Italia y Rumania, para contraponer sus fuerzas a la arrogante y peligrosa amenaza alemana y eslava. La victoria de la idea de Mistral se realizó, años después de su profecía y de su muerte: no he visto todavía, fuera de la consagración como poeta, ningún monumento que consagre a Mistral como el Precursor de la gran guerra y de la gran victoria.

En sus páginas, nos enseña patriotismo, quiere que la Provenza se coloque por encima de todo, una vez conquistado el reconocimiento oficial de su armoniosa lengua. Oigámoslo: "La Provenza podría seguir elevándose, si la fortuna lo quisiera, hasta llegar al apogeo de la grandeza para ser la primera entre todas las naciones latinas. Las tres naciones más católicas de la república cristiana, en verdad, han mezclado en Provenza sus elementos: y de tres fuerzas unidas está hecha la Provenza"... Y más adelante agrega: "Padre, he aquí la libertad! La Provenza independiente os espera, llena de ardor por vos. Los ciudadanos y los barones de Arles, de Baus, de Sisteroun, de Draguignan, de Castelano, de la montaña, del valle, os defenderán, os sostendrán porque sois el gran vicario de Dios!..." Toda la obra de Mistral tiene una sola alma y es de una admirable unidad. Su madre se lo dijo, desde su primera obra: "Abriendo tu libro me ha sucedido algo maravilloso. Un esplendor vivísimo, un faro deslumbrante, en forma de estrella, me ofuscó..."

Murió Federico Mistral en marzo de 1914, al concluir su obra, como les sucede a los hombres que parece hayan tenido la misión de venir al mundo a cumplir algo pre-establecido, y que si viven hasta el cumplimiento de su programa, se debe a una fuerza de voluntad superior, que alimenta su existencia hasta que sea necesario. Y Mistral mismo conoció su predestinación. Cuando narra las palabras de su madre en que le dice haber visto brillar una estrella, en las páginas de su libro, no puede esconder su entusiasmo cuando explica que para él, esa era una señal del favor del cielo. Y la conciencia de este favor fue la que lo sostuvo en todas sus obras y en su ejemplar existencia.

No quiero terminar estas líneas sobre el gran poeta de Provenza, sin hacer un recuerdo cariñoso a mi nunca olvidado profesor de francés, el señor Henri Mistral, pariente cercano del poeta, que vino a Colombia cuando yo era niño: a él, sabio y noble también, le debo los rudimentos sobre la vida y la obra de Federico Mistral, que me enseñó a traducir del francés y a leer en la lengua de oc.

ROBERTO GOENAGA.

Notas internacionales

El comentador de la vida internacional se encuentra ante el brusco vaivén de los acontecimientos, ante la extraordinaria movilidad de la diplomacia sometida a contradicciones y a cambios de frente insospechados. De aquí que toda observación sobre los hombres y los hechos, vaya revestida de una notoria fragilidad. La investigación de líneas permanentes, de cauces fijos es infructuosa y vana. Vivimos en un mundo apasionado y convulso, en que ciertos soportes que creíamos estabilizados para la civilización, se hunden con el peso de realidades brutales.

Lo primero que llama la atención es el fracaso de la Sociedad de las Naciones, en sus medidas trascendentales. Ningún objetivo esencial ha podido alcanzar. Ha fracasado en el protocolo de 1924, en la conferencia del desarme, en la conferencia económica internacional, en la comisión de control de armas de guerra, en la cooperación intelectual, en la guerra del Chaco, en el conflicto chino-japonés, en el conflicto italo-etíope, frente a la diplomacia del Reich. Interminable es la lista de los infortunios y descalabros de aquella Sociedad. Mientras la vida internacional se circunscribe a las palabras y torneos académicos, Ginebra todo lo estudia y lo arregla, pero los hechos definitivos se re-